

LA RESURRECCIÓN DE LA VERDADERA ALEGRÍA

*(Meditación de Pascua. A partir del texto de Karl Rahner “Feliz Pascua”)**

La Pascua Cristiana, es la explosión de una alegría que nunca tendrá fin. Celebrar la Pascua es permitir a la alegría que se adueñe de nuestras vidas y de nuestro mundo, hasta desterrar de nuestro pensar y de nuestro sentir todo pesimismo y toda visión derrotista de la existencia humana. La alegría de la Resurrección es la Resurrección de la Verdadera Alegría.

¿Qué sentido tiene, pues, decir “¡Feliz Pascua!”? ¿Cómo puede ser realmente feliz para nosotros, los creyentes en Cristo, la Pascua del Señor, en un mundo de tantas miserias y calamidades, que parecen querer negar la posibilidad de una alegría bien fundada?

La felicidad humana, para que sea auténticamente humana, ha de consistir básicamente en una experiencia de fidelidad del hombre a sí mismo, o dicho de otra manera, sólo es humana la felicidad que consiste en alcanzar metas de mayor o más plena realización personal. Sería irónico, hasta cruel, hablar de felicidad referida a un ser que ha quedado raquítico, lejos de sus metas de realización según su naturaleza y destino, incapacitado para la expresión y gozo de su propia vida.

Según esto, la Pascua del Señor, será un acontecimiento de felicidad para nosotros, si reúne estas condiciones, al menos en la claridad de nuestra conciencia y como ardiente deseo de nuestro corazón:

- liberación de alguna forma de esclavitud o dependencia (sobre todo de la mentira, el miedo, la desesperanza) que empuñan nuestras vidas;
- fortalecimiento de nuestra conciencia de misión en la vida, así como en la generosidad personal en la entrega diaria;
- apertura de dilatados horizontes de Esperanza, que conllevan razones para seguir amando y luchando por un mundo según Dios.

Y todo ello con fundamento en que:

- La Fe en la Resurrección, significa haber aceptado, como respuesta a la invitación divina, que el destino o paradero de la vida no es la muerte, siendo más bien ésta su condición. No vivimos para tenernos que morir. No está la vida contenida en la muerte como su punto final. Sino que, la muerte, es parte del proceso por el que nos sabemos vivientes y en camino hacia más vida; y en la muerte se apoya la vida para alcanzar sus metas más altas. La Fe en la Resurrección rompe el sello de la muerte, que convierte en su aliada.
- El Amor al Resucitado está en la base de la fe en la Resurrección, porque la vida cristiana, en el seguimiento de Jesús, es una experiencia de amistad que nos

*

* El Texto del muy apreciado teólogo alemán que aquí se comenta, me llegó en fotocopia, sin que se indicara en ella su origen; pero su paternidad no parece dudosa. El texto karlrahneriano, figura íntegro fragmentado en epígrafes delante del comentario.

identifica con el Amigo que dio su vida por nosotros. Si lo amo seré feliz por comunión de Fe y de Amor con su victoria sobre el pecado y la muerte. ¡El que es mi Amor ha resucitado: yo también he resucitado con Él, porque lo amo! No cabe la tristeza en mi corazón, porque en él vive, por amistad, el que ha vencido a la muerte.

Desde el centro del mundo, en el que Jesús se adentró a morir, construyen las nuevas fuerzas una Tierra Transfigurada.

El Centro del Mundo, ¿dónde está? ¿En qué consiste? Dicho centro se encuentra siempre allí donde la humanidad gime con dolores de parto, donde se está dando a luz un mundo nuevo. En todo esfuerzo por hacer avanzar la historia en la dirección del Reino, allí está el centro del mundo.

Las Nuevas Fuerzas para construir ese Mundo, las encontramos en el Espíritu del Resucitado, que contiene las semillas de la renovación total del universo. *He aquí que hago nuevas todas las cosas.* Todos recibimos las semillas del Espíritu del Resucitado (*pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia*), a fin de que todos podamos participar con todo nuestro ser en el proceso de los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva.

Las semillas han sido sembradas en mí por el Espíritu, para que yo sea a mi vez sembrador de ellas en el mundo en que vivo. La vida de fe es dejarse sembrar por el Espíritu y sembrar a su vez uno mismo, sembrarse uno mismo. La cosecha pertenece a la Parusía. Pero, mientras tanto, en el centro del mundo, en lucha y esperanza que se abre hacia el Reino, toda siembra en el Espíritu del Resucitado, va dando su cosecha de más vida.

Jesús no murió en la superficie del mundo ni de la historia humana, sino en su más recóndita profundidad, en su núcleo propiciador. Como el grano de trigo buscó las entrañas de la tierra para ser en ella y con ella fuerza germinadora de nueva vida. Y su novedad, con respecto a la vida vieja o vida sin resurrección, es que ya no está sometida a la necesidad de tener que morir de nuevo. Novedad verdaderamente sorprendente y regocijadora. Jesús murió en la profundidad del dolor humano y lo dejó henchido de esperanza. Ningún dolor humano, desde entonces, está lejos de una nueva forma de gozo, de paz y de libertad.

Morir en la superficie significaría morir por cosas por las que ni siquiera vale la pena vivir, tales como el poder, la vanagloria, las riquezas, el placer como objetivo primordial de la existencia...

Morir en las profundidades es haber superado toda concepción egoísta y puramente racionalista de la vida, hasta haber encontrado en el amor gratuito el sentido y valor máximo de toda la existencia.

Jesús murió en el centro del mundo, en las profundidades de la vida, porque vivió y murió única y exclusivamente por amor.

Yo también estoy por entero en el centro del mundo, en el corazón universal de la vida, cuando vivo para compartir con cuantos más pueda el Amor con que soy amado. El Amor por el que ya me siento salvado.

En lo más profundo de toda realidad ya han sido vencidos la banalidad, el pecado y la muerte; pero se requiere todavía el pequeño tiempo que llamamos “Historia después de Cristo”, hasta que en todas partes, y no sólo en su Cuerpo, se deje ver lo que ya ha acontecido realmente.

La salvación que viene de Dios en Cristo y por el Espíritu, va de dentro a fuera (no al revés). Va del creer al ver. Va de la experiencia de sentirse amado al descubrimiento de un mundo salvado ya por el Amor Muerto y Resucitado.

Han sido vencidos ya... pero se requiere todavía... (dice el teólogo). Precisamente, porque la banalidad, el pecado y la muerte han sido vencidos ya en la profundidad del proceso humano, es por lo que se necesita el tiempo del hombre, su colaboración libre y gustosa para ir saliendo de toda superficialidad, rutina y convencionalismo, e ir instalándose en el nivel de las experiencias íntimas, inalienables, que tienen poder para transformar la vida de quienes las hacen suyas por la gracia.

[...] hasta que en todas partes se deje ver lo que ya ha acontecido realmente. Y lo que ha acontecido realmente es que, al creer en la Resurrección de Jesús, toda creencia religiosa se orienta hacia la fe en el Amor, en la victoria del Amor sobre todas las fuerzas que niegan o pretenden negar la vida. Dicho de otro modo. Sólo podemos ver y disfrutar el triunfo de la vida, cuando creemos que en la Resurrección de Cristo Dios ha pronunciado su “Sí” más incondicional a todos los valores que ejemplifican la existencia humana en su contexto universal. El “Sí” de Dios es incontestable: es Amor a la vida, a toda vida y para siempre.

Desde el hecho de fe de la Resurrección de Jesús de Nazaret, el mal puede engendrar un bien -¡el pecado la gracia!-; pero eso sí que es algo que pertenece exclusivamente a Dios.

La gloria del Resucitado pertenece a toda la Creación, y no sólo a su Cuerpo Glorioso, ni sólo a su Cuerpo Místico, a no ser que entendamos por este último el Universo Cristificado. *Lo que ha acontecido realmente* es que las raíces de la vida han sido sanadas, porque en ellas es donde se ha producido la Muerte y la Resurrección del Señor.

Porque Él no comenzó a curar, a salvar y a transfigurar el mundo en los síntomas de la superficie, sino en las raíces más internas; y nosotros, gentes de la superficie, pensamos que no ha pasado nada.

La Nueva Creación ya está en marcha en y a través de los corazones que se dejan transfigurar por el Espíritu del Resucitado (los que no viven según los criterios de este mundo que pasa, ni se acomodan a las falsas concepciones de la existencia humana, sino que viven desde el Espíritu de las Bienaventuranzas Evangélicas, convertidas en raíces de todos sus actos en el mundo).

En la superficie de la vida, del pensamiento y de las relaciones humanas, rigen el poder, la mentira, la violencia, la imagen cultivada para engañar y seducir, las leyes y sus estructuras convertidas en ídolos de eficacia... Nada de esto salva, siendo más bien causa de nuevas esclavitudes y opresiones.

Donde se da un corazón vencido por el Amor de Dios y entregado al Amor Gratuito a sus semejantes, ahí está ya la Nueva Creación en marcha, la Resurrección imparabile.

Todo el que piensa que “*no ha pasado nada*”, que la Resurrección de Cristo no ha servido, en la práctica habitual, para nada, porque el mundo en que vivimos continúa bajo las fuerzas del mal con sus mil garras descuartizadoras, sigue siendo víctima de su manera superficial, apresurada, ruidosa, de mirar la realidad. Y es que, mientras nos dejemos dominar por alguna forma de temor al futuro o de autosuficiencia a la hora de interpretar las llamadas de la vida presente (los *signos de los tiempos*), seguiremos esclavos de la superficialidad, incapaces de conectar con las raíces más ricas en savia de Resurrección y Vida Eterna.

El futuro pertenece a la Resurrección, viene de la Resurrección, nos trae la Resurrección; por eso, todo miedo al futuro, significa volverse de espaldas al Resucitado.

Porque aún siguen corriendo las aguas del sufrimiento y de la culpa, suponemos que aún no se les ha vencido en el manantial del que brotan. Porque la maldad sigue trazando arrugas en el rostro de la tierra, deducimos que en el corazón más profundo de la realidad ha muerto el amor. Pero todo es apariencia, aunque la tomemos por la realidad de la vida.

El sufrimiento, tan omnipresente en nuestro mundo y en nuestra hora actual, ¿no parece más bien ser una rotunda negación de la Nueva Creación en marcha por obra del Espíritu del Resucitado?

La Resurrección de Cristo, ciertamente, no ha eliminado aún del todo el sufrimiento y la culpa de nuestra historia humana; pero sí les ha puesto un dique que no pueden traspasar. Es el dique del Amor de Dios en Cristo, quien con su Encarnación y su Cruz ha abrazado todas nuestras miserias temporales, al sentarse a la mesa de los pecadores y tener sus preferencias afectivas en los últimos y desheredados de este mundo.

Los mismos brazos abiertos del Crucificado, abarcando de extremo a extremo el universo inabarcable, constituyen el verdadero dique imposible de derribar por las fuerzas del mal en la historia humana. “¡Hasta aquí podéis llegar: a los brazos de mi Amor. Más adelante sólo reina Dios, es decir, el Bien universal!”.

El sufrimiento y el mal en todas sus formas y manifestaciones no tiene un poder absoluto, en sus raíces ha sido ya vencido (su virulencia, a veces, nos puede engañar). El mal puede incluso engendrar un Bien; ¡y esto sí que es algo que sólo pertenece a Dios!

Por eso, nadie que se sitúe en la profundidad contemplativa de la vida, conducido por su Fe en Cristo, se dejará engañar. En el corazón histórico de la humanidad, ha abierto Cristo con su Resurrección, un nuevo manantial de aguas frescas y vivificantes, aguas caudalosas e incontaminadas; las aguas de la Esperanza Invencible; las aguas de la Libertad para todos; las aguas de la Vida que nunca se acaba; las aguas, en suma, del Amor que todo lo hace nuevo. Para beber y saciarse en dichas aguas sólo hace falta la fe: *El que crea en mí que beba, de sus entrañas manarán ríos de Agua Viva* (Jn 7, 38), proclamó Jesús ofreciéndonos su Resurrección.

En el sagrario más recóndito de la realidad, allí donde el hombre se encuentra cara a cara consigo mismo y con su hambre infinita de vida, de felicidad y de amor; allí, donde también se da de bruces con sus limitaciones y debilidades que le hacen exclamar “*¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (cf Rm 7, 24), allí mismo se deja escuchar el eco de una voz que dice: sólo el Amor es más fuerte que el pecado y que la muerte. Mientras ames, mientras te ames, la vida será hermosa y digna de ser vivida. Por el amor que mantienes vivo en tu corazón, alcanzarás a ver la muerte de todas las muertes que pudieran afligir tu existencia humana.

El Resucitado está en el esfuerzo anónimo de todas las criaturas que, aún sin saberlo, se esfuerzan por participar en la glorificación de Su Cuerpo.

Todo esfuerzo a favor de la vida es en sí mismo un acto de comunión con el Resucitado, y en Él, con el Eterno Viviente. Tomemos nota, pues, de que en el mundo, en nuestro mundo de cada día, los signos de comunión con el Resucitado son incomparablemente mayores, más numerosos y fuertes, que las formas presentes del mal que acosa y hace sufrir. Toda resistencia al mal, a cualquier

clase de mal que merma la vida, es un acto de comunión en la victoria del Resucitado.

Y ello es así porque nadie podrá negar que son millones y millones de esfuerzos humanos los que de continuo se llevan a cabo a favor de la vida, de la justicia, de la paz en el corazón de esta historia nuestra, realizados sin relieve y de forma desinteresada. El anonimato ha sido desde los orígenes de la vida una forma discreta y delicada de verdadero Amor. El esfuerzo anónimo de todos los que aman y no se cansan de amar, sostiene al mundo y lo hace avanzar por los caminos de la Resurrección Universal. Todo amor verdadero, es decir, sincero, humilde, paciente, gratuito, engendra en las realidades de este mundo la Vida Imperecedera del Resucitado.

El Cuerpo Total del Resucitado se va formando en la historia humana a través de todos los testimonios de amor encarnado, de amor crucificado, apasionado, sin medida. Ningún gesto de amor a la vida quedará sin recompensa de más Vida.

El Resucitado está en cada lágrima y en cada muerte, como júbilo y vida escondidos, que vencen cuando parecen morir.

El Resucitado comparte todas las lágrimas y todas las muertes de esta historia de los hombres, llenándolas con su Amor de su Vida Gloriosa.

Se trata del “*felices los que lloran, porque ellos serán consolados*” (Mt 5,4). Nuestras lagrimas se hacen dulces porque ya nadie, nadie, llora en solitario, en trágico aislamiento; sino en la compañía de un Amor que hace suya la amargura de nuestro llanto y la enciende, desde sus mismas causas y en todas sus consecuencias, con la luz inmarcesible de la Resurrección.

Que vencen cuando parecen morir, se deja caer el teólogo de Friburgo. Y no vencerían si no murieran de verdad. Es precisamente en esta muerte por amor donde se encierran las fuerzas más vivas del Cosmos. Es preciso llegar hasta la muerte (¿y cuántas veces no muere el verdadero amante en su corazón vulnerable a instancias de las llamadas del amor?) en las lágrimas compartidas, en el dolor solidario, en la pérdida irreparable o en la soledad irrompible..., para experimentar que sólo entonces se va más allá de la muerte; y que lo que hay más allá es toda esa vida que parecen negar las mismas lágrimas y sentidas pérdidas.

Por eso nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla. Aunque sea todavía terrible y nos torture con su penuria y su sometimiento a la muerte. Tenemos que amarla...

A modo de conclusión: ¡*Por eso nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla!* sólo en el amor renovado a esta tierra que habitamos, con sus luces y sombras, con sus demandas de ternura y de comprensión..., podremos ser

testigos de que Cristo ha resucitado. Al fin y al cabo, si Cristo no ha resucitado, el amor entre humanos se convierte en callejón sin salida, en negación de sí mismo, porque todo amor verdadero postula en sí y para sí la eternidad dichosa.

El amor, cuanto más profundo y generoso, más descubre en sí un ingrediente de eternidad que le hace rebelarse contra la muerte. Ama sin miedo a las exigencias propias de todo amor verdadero; ama con entrega única, hasta olvidarte de ti mismo en tu donación.... y llegarás a intuir (a hacer tuya) la fuerza de la Resurrección que bulle en toda experiencia de amor sin límites (en realidad, el amor que no es pensado y sentido sin límites por aquel que lo vive, no es todavía un amor a la medida del hombre, ¡y menos a la de Dios!).

Nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla. Porque no se llega a la Resurrección sin pasar por la muerte. Porque el cielo a que aspiramos no está lejos de esta tierra por la que sufrimos. *¡Tenemos que amarla!*, porque somos hijos de esta Tierra, es mucho lo que hemos recibido de ella, y no queremos salvarnos si no es con ella.

Siete puntos a modo de recordatorio

- *Resucitar no es volver a esta vida, pero sí llevar esta misma vida a la plenitud de sus propios valores*
- *La Resurrección está ya presente en este mundo como fuerza de ascensión de todo lo auténticamente humano*
- *La Fe Cristiana consiste fundamentalmente en celebrar y secundar mediante nuestra actividad temporal la Obra de Renovación Universal que Cristo Resucitado no deja de realizar en las entrañas de la realidad viva*
- *Toda defensa de la vida es en sí misma Comunión con el Resucitado*
- *Crear que la muerte ha sido vencida, significa, ante todo, vivir de acuerdo con el Amor como valor supremo de la vida y destino eterno de la misma*
- *Crear en la Resurrección de la Carne es afirmar el valor sagrado de la materia de que estamos hechos como parte del Universo en marcha*
- *La Resurrección de Cristo es ahora el lugar por excelencia para encontrarnos con Dios, para hacer la experiencia de Dios.*

... y un poema, como despedida:

CANTO DE RESURRECCIÓN

HAY que hacer transparentes las lágrimas vertidas.
Hay que labrar jardines en los surcos del alma.
Hay que ensartar los besos que murieron sin darse.
Hay que alcanzar los cielos con escalas de abrazos.

Hay que vencer las noches con luces de miradas
encendidas de amor, cual luceros gigantes,
que nos hagan arder en nuestro ser más puro
como soles de un mundo nuevo, resucitado.

Hay un camino intacto para todo el que ama
y busca en el amor su verdad sin ocaso;
y busca en todo otro lo que más necesita
para alcanzar a ser él mismo a todos dado.

Hay que escribir la Historia con palabras de carne,
con palabras sentidas a filo del misterio,
con palabras que traigan el aroma perdido
de aquel divino origen de nuestro ser hermanos.

Hay que echar raíces en la Tierra que pisamos,
plantados como árboles, llamados a ser bosque;
y descubrir que somos cultivo milenario
de una Ternura intacta y de un Amor sin amo.

Hay que saber mirar el Cielo aquí en la Tierra;
y descifrar en todo, cuanto es humano, el eco
de los pasos de un Dios que, al caer de la tarde,
reconoce que el Mundo, por Él creado, es Bueno.